

ADAM BLADE

AQUA FIERAS

¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

DESTINO

CÉFALOX
EL CIBERCALAMAR

CÉFALOX,
EL CIBERCALAMAR



ADAM BLADE

Traducción de Teresa Muñoz

Un agradecimiento especial a Brandon Robshaw



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Cephalox. The cyber squid*

© del texto: Beast Quest Limited 2013

© de las ilustraciones de cubierta e interiores: Artful Doodlers,
con un agradecimiento especial a Bob y Justin - Orchard Books 2013

© de la traducción: Teresa Muñoz, 2018

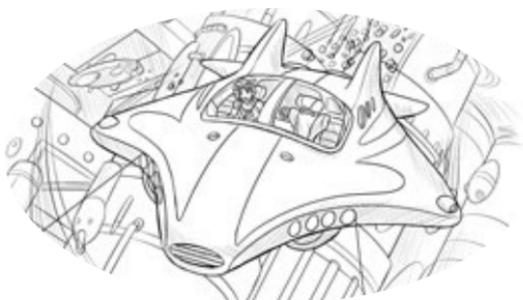
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2018
ISBN: 978-84-08-19242-8
Depósito legal: B. 13.885-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

BAJO LAS OLAS



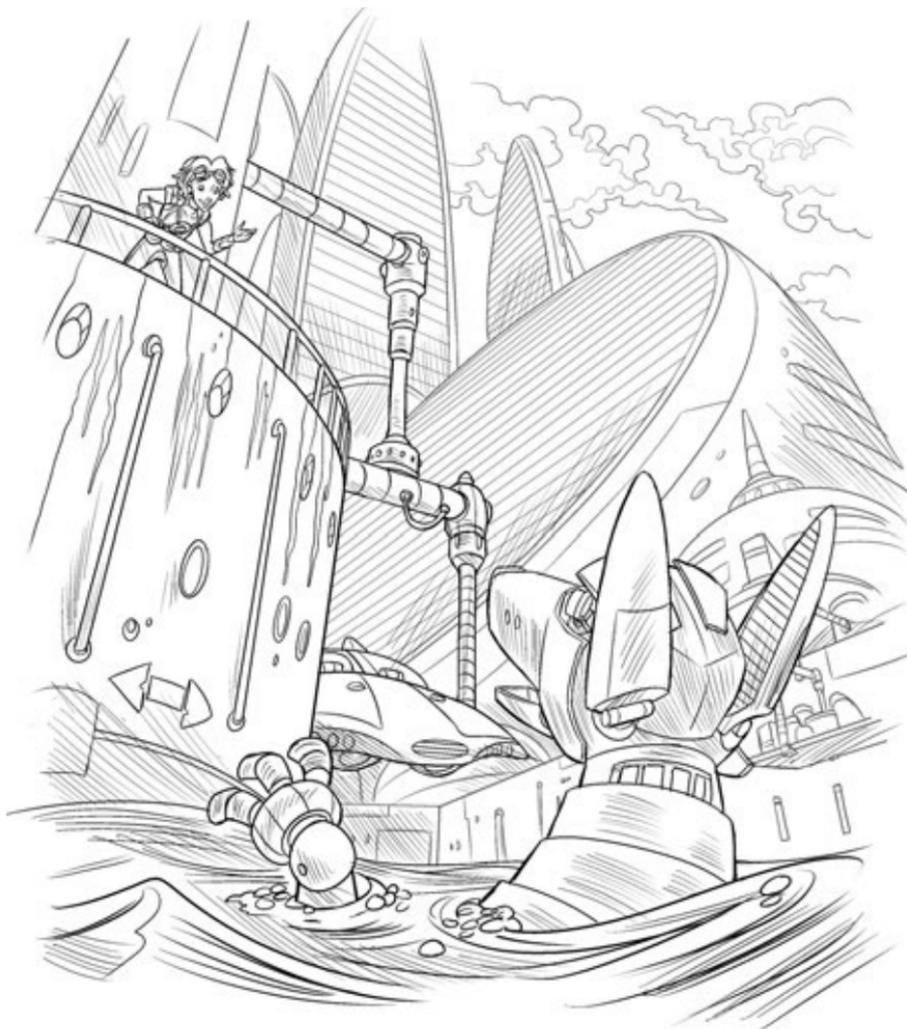
La cabeza de hierro de *Rivet* surgió de las olas, con el agua chorreándole por el hocico. Sus ladridos electrónicos resonaron en los muros de la poderosa ciudad de Aquora.

—¡Hola, *Rivet*! ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre?

Max se inclinó sobre la baranda, y *Rivet* le devolvió la mirada, todavía ladrando y con los ojos rojos encendidos. La luz del amanecer se reflejó en el agua.

AQUAFIERAS

A Max le encantaba bajar a pescar con *Rivet* nada más amanecer, antes de que su padre se despertara y la ciudad se pusiera en marcha a ritmo frenético. *Rivet* era un exce-



lente perro pescador. Max lo había programado para ello. Pero nunca ningún pez le había provocado tanta emoción.

—¿Qué pasa, colega? —dijo Max—. ¿Qué has visto?

—¡No lo sé, Max! —ladró *Rivet*.

Max había dotado a su perrobot con algunas frases simples. *Rivet* debía de haber visto algo para lo que no tenía ninguna palabra. Se volvió y se alejó un poco nadando con sus propulsores a toda máquina. Luego regresó mirando a Max. Volvió a ladrar, y comenzó a agitar su robusta cola metálica.

—¿Quieres que te siga? —le preguntó Max.

—Sí. Seguir.

Había un embarcadero cerca de donde se encontraba Max (un par de *fingers* gigantes de acero que sujetaban una pequeña embarcación sumergible que flotaba en el agua). Pertenecía al SRMA, el Servicio de Rescate Marino

de Aquora. Max lo reconoció como el último modelo, un León Marino ZX200. Era una preciosa pieza de ingeniería, tan resistente como para aguantar la aplastante presión del agua en las profundidades del océano. Max siempre se había sentido atraído por el misterioso mundo que vivía bajo las olas, pero nunca había tenido la oportunidad de verlo con sus propios ojos (los submarinos eran algo que le estaba terminantemente prohibido). Pero ¿qué podía tener de malo que lo tomara prestado? Mientras no lo pillaran.

Max miró a su alrededor. No había nadie cerca, así que saltó por encima de la barandilla y aterrizó en la cubierta de color gris plomizo del submarino. Admiró su estilizada forma alargada mientras se acercaba al reborde de la bóveda de metacrilato.

Encontró el botón correcto y lo apretó. La bóveda se abrió poco a poco y sin hacer rui-

do, y Max se deslizó sobre el asiento de cuero del conductor.

Fuera, en el agua, *Rivet* ladró emocionado.

—Espera, *Riv*. Deja que ponga esto en marcha.

Un oficial del Rescate Marino hubiera usado una tarjeta electrónica para arrancar la nave. Max no tenía ninguna, pero eso no iba a detenerlo.

Encendió el ordenador del submarino y la pantalla se iluminó en verde. Le pedía una contraseña. No era de extrañar. Max encontró el panel de control donde se introducían las contraseñas. Sus dedos volaron sobre el teclado y presionó «Aceptar contraseña de ingeniero».

«Por favor, inserte la contraseña de ingeniero», apareció en la pantalla del ordenador.

Max tecleó el código de ingeniero. Su padre era el Ingeniero Jefe de Defensa de Aquo-

ra, lo que significaba que tenía acceso a un montón de códigos (códigos que Max había visto y memorizado).

Max dio un brinco enorme cuando el motor rugió al cobrar vida.

—Todo es fácil cuando sabes cómo hacerlo —murmuró.

La bóveda de metacrilato se cerró sobre su cabeza, los *fingers* gigantes de acero se separaron de un tirón y la nave se liberó.

Max no había pilotado nunca un submarino, pero los mandos eran simples y estaban bien diseñados, y sabía que podría manejarlos. Aun así, sintió que el corazón se le disparaba cuando empezó a dirigirse hacia mar abierto.

Rivet se sumergió bajo las olas y el agua lo cubrió hasta los propulsores. Max respiró hondo y acto seguido se aclaró la garganta. El submarino se sumergió mientras él ace-

leraba, y salió disparado hacia las profundidades. La potencia de los motores empujó a Max hacia atrás en su asiento.

Cuanto más descendía, más oscuro se hacía. Encendió los faros del León Marino y un potente haz de luz cortó el agua. Pudo ver a *Rivet* que nadaba por delante. Max sintió una punzada de emoción. Nunca antes había estado bajo el agua. ¡Si su padre se enteraba se iba a enfurecer! Su padre odiaba el océano; ni siquiera le gustaba que Max fuera a bañarse en él. Sobre todo desde que la madre de Max y su tío habían salido en un submarino hacia una misión secreta hacía diez años, una misión de la que no regresaron.

Max tenía dos años cuando aquello ocurrió. Casi no recordaba a su madre, aunque en el fondo todavía la echaba de menos. Ella era una presencia cálida y cariñosa que había desaparecido de su vida sin avisar.

Ella y su hermano habían salido a la búsqueda de la legendaria ciudad submarina de Sumara, hogar de los merryn, una raza legendaria de gente del mar. Por lo menos, la mayoría de la gente creía que eran una leyenda, porque nadie los había visto nunca.

Pero aquí, en las oscuras aguas, con los peces esquivando el foco amarillo del reflector, Max casi podía creer en la existencia de los merryn. El océano era tan extenso y profundo...

«¿Quién dice que no son reales?—pensó—. ¿Quién puede afirmar con seguridad lo que vive aquí abajo y lo que no?» Se estremeció. Si las historias sobre los merryn eran verdaderas, él no quería descubrirlo. Se decía que tenían unos poderes extraños y peligrosos. Odiaban a los humanos y les querían hacer daño y esclavizarlos. Max recordó que su antigua canguro le decía: «¡Si no te



portas bien, vendrán los merryn y se te llevarán!».

Rivet se sumergía cada vez más en las profundidades; nadaba muy rápido. ¿Qué habría encontrado? A veces se apartaba del camino

del foco de luz, pero entonces lanzaba señales con un sonido electrónico, que se podían oír por la pantalla del sonar del submarino, para indicarle a Max dónde estaba exactamente.

—Buen chico —murmuró, aunque *Rivet* no podía oírlo—. ¡Buen perrobot!

Rivet se mantenía cerca de los muros de la ciudad, que se extendían por todo el fondo oceánico. Pasaron por delante de las ventanas de algunos apartamentos. Allí vivía la gente más pobre, muy por debajo de la superficie. Era raro ver a gente viviendo bajo el agua, como si estuvieran en una pecera. En una ventana vio a un hombre y a una mujer en su cocina. Estaban delgados y desnutridos, y llevaban puesto un mono de trabajo. Max aceleró, deseando que no lo hubieran visto. Si veían a un chico de doce años pilotando un sumergible, estaban obligados a informar de ello a las autoridades.

Las luces alumbraron todo el largo del enorme edificio: había grúas para los trabajadores de mantenimiento, puertas de acero, muelles de amarre submarinos, ruedas de molino para extraer la energía de las olas, que servía para abastecer la ciudad.

«¡Es increíble que hayamos construido todo esto!», pensó Max.

Esa gente había aprendido a sobrevivir en un mundo que no era su hábitat natural. Y no solo a sobrevivir; las élites de la ciudad disfrutaban de sus lujosas vidas en la superficie, donde Max y su padre tenían un apartamento. Ellos vivían en el Nivel 523, uno de los más altos de la ciudad gracias a que su padre ocupaba un puesto importante como Ingeniero Jefe de Defensa de Aquora.

Max pensó en la pareja desnutrida que acababa de ver en la cocina y sintió una especie de incomodidad. Su padre y él eran



muy afortunados en comparación con ellos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por otro ladrido de *Rivet* que Max oyó a través de la pantalla del sonar. Max prestó aten-

ción. Vio a *Rivet* iluminado por el foco, pero allí abajo, en la oscuridad, había algo más.

Parecía una... ¿Era posible que fuera una persona? Sí: una chica cuya melena ondeaba en la corriente. *Rivet* había encontrado un cuerpo sin vida...

Pero no. La chica se estaba moviendo. Estaba nadando a lo largo del muro de la ciudad, mirando a través de los ojos de buey. ¡Imposible! ¿Cómo podía alguien llegar tan lejos sin equipo de buceo? ¿Cómo podía respirar? La chica se volvió hacia la luz del submarino, movió los pies y, mucho antes de lo que Max creía posible, estaba sobre la cúpula de metacrilato mirándolo fijamente.

Tenía una piel fina, unos grandes ojos, una dentadura blanca y regular, y su pelo plateado flotaba como una nube por delante de su cara. Llevaba un uniforme hecho de algún material trenzado de color verde

y... Max soltó un grito ahogado. Tenía unos orificios como branquias a cada lado del cuello. Sus manos, que estaban apoyadas en la cúpula de plexiglás, eran palmeadas.

«Una merryn —se dijo Max a sí mismo sin poder creer lo que veían sus ojos—. ¡Estoy viendo a una mítica merryn!»